

A pesar de ser el Yo literario de Walt Whitman un yo ficticio, se propone igualmente ser un yo biográfico, primera persona del singular que se potencia e idealiza para convertirse en el sujeto central de su poesía: "Yo soy el cantor, canto vigorosamente sobre la procreación, como al mundo en mi mar occidental"; "El propio yo se ha de entraparse nunca; él es la existencia final. En, entre todas las cosas, lo separa". En la otra ala extrema del océano, Rimbaud pasea por las calles de París con los bolillos blancos de papales borronados y sentencia ya "yo es otro", como una manera de sustituir su yo brechtiano y lúcido, pero sin dirección, por otro prescrito que finalmente se convierte en un nuevo yo singular. El portugués Fernando Pessoa iniciará una de las operaciones más complejas en la literatura al encasillar su "yo" en cuatro heterónimos que trascienden su singularidad, pero cada uno de esos heterónimos vuelve a convertirse en un nuevo yo con personalidad propia y distintiva; un número cuatro que se divide para dar sólo nuevos números enteros.

José Antonio Ramos Sucre, escritor venezolano nacido en 1890 y muerto en Gibuti (suicidó) en 1970, protagonizará una de las ocupadas más lúcidas para arripiar ese "yo" biográfico y psicológico personal. EL MANDARIN: "Yo había perdido la gracia del emperador de China. / No podía dirigirme a los ciudadanos sin advertirlos de modo / explicito mi degradación. / Un rival me acusó de haberme matado a la usita de mí / posera cuando pulsaron el timpano colocado a la puerta de mi / audacia. / Mis criadas me negaron a los dos ancianos, caducos y dandadosos / y los desquicé a palos. / Yo me prometí a los pies del emperador cuando bajaba a / un jardín por la escalera de granito. Rescapé el al favor comparando / su rostro al de la luna. / Me confió el desvelamiento y el gobierno de un distrito lejano / en donde habían sobrevivido desoladores. Apenas tal la ocasión / de probar mi fidelidad. / La misión había sido encomendada los nativos. Agotaban de / hambre en compañía de sus perros furiosos. Las mujeres abandonaban / sus criaturas a unos cerdos horribles. No era posible / mostrar el suelo sin provocar la rabia y la dignidad de mismas / periferocidad. Aquellos seres flotaban en el nacimiento de / un hijo y alaraban exasperadamente para comprar un animal. / Yo resucité la paz desbarbando a los hombres y reduciendo / sus crímenes para amuletos. Mis soldados cortaron después las / manos de las mujeres. / El emperador me honró con su visita, me tabió algunas gradas / en su privanza y me prometió la perdición de mis deudas. / Seré dichosamente el niño / por los brazos de las mujeres / convertidas en bestias. / Las hijas de mis rivales salieron a mendigar por los caminos".

EL EMIGRADO: "Quedé solo con mi hijo cuando la plaga mortífera habió devastado / la capital del reino urado a menos. El no había pasado / de la infancia y me ocupaba el día y la noche. / Yo resucité y ejecuté el proyecto de invadirme en otra / ciudad, más intermedia y en salvo. Tomé el niño en brazos y / llevé a la sabana infundada por los efectos de la miasma. / Debía pasar un pequeño río. / Me vi forzado a disparar el rudo / a un hombre de estatura enmascarada, cabellos rojos y dientes / largos. Su faz declara-



El yo equidistante de Ramos Sucre

Edgardo Vazallo

ba la desesperación. / Yo lo compadecí a pesar de acusar imperiosamente / de un / discurso injurioso. / Pude olerme en una casa deshabitada largo tiempo y / acomodé al niño en una cámara de tapices y alfombras. El padecía / una fiebre lenta y delirios manifestados en gritos. / El mismo imperioso vino a ofrecerse, después de / una noche de angustia, el remedio de mi hijo. Lo ofreció a un / precio exorbitante, haciéndome interiormente de más recursos / algunos. Me vi en el caso de despedirlo y de maldecirlo. / Pasó sus días y el siguiente sin tocarme alguno. / Yo volaba cerca del alba, en la noche huraña, cuando sentí, en / la puerta de la calle, una serie de alabanzas vehementes. / Me animé por la ventana y sólo vi la calle anegada en sombras. / Mi hijo murió en aquel momento. / El hombre de carácter cecero había sido el autor del ruidos".

Y de los otros poemas, veamos estos y otros: "Yo adolescente de una degeneración ilustre; amo el dolor, la belleza y la crueldad, sobre todo esta última, que sirve para destruir un mundo aban-

donado al mal. Imagino constantemente la venación del poderío físico, de la brida orgánica... No me seduce los placeres mundanos y sólo aproximadamente a la soledad, mucho antes del término de mi juventud, retirándome a una mi ciudad nativa, lejana del progreso, atenida en una comarca apática y neutral..."; "Yo salí del reino a unirse con los devotos de mi persona"; "Yo ordené el castigo inhumano del empujamiento al saber el caso de una monja enmascarada y permanecí impasible a la réplica de sus dedos urticados"; "Yo me asomo a verla ocasionalmente y mis carismos restituyen su flanco y alientan su desesperación".

Este yo de Ramos Sucre que se pasa en la aserpiabilidad y en el aserpiamiento, a fuerza de recorrer toda su obra, se encuentra desplazado a un punto equidistante en el que sólo informa con fidelidad extrema, por más que esté involucrado, actuando como mere-observador. La distancia hacia el bien o el mal es la misma, su yo se sitúa en el medio de uno y otro, lo mismo del hecho que mira resistiendo lo sentimental y volitivo, para sólo dar cuenta en forma mínima, fría y distante. Esa distancia y equidistancia para informar de los sucesos, en un mundo de horror simbólico, tiene sus precedentes en la literatura oriental por ejemplo. Wu Ch'ang Lin, autor chino del siglo XVI, escribe en la sentencia: "Aquella noche, en la hora de la rata, el Emperador salió que había salido de su palacio y que en la cercanía caminaba por el jardín, bajo las débiles en flor. Algo se urticó a sus pies y le pidió amparo. El Emperador accedió; el imperioso dijo que era un dragón...". Pero la empresa de Ramos Sucre, que compare ciertamente un mundo ornamental cifrado en los mitos y mitológicos de todas las épocas, es más bastante más desvaliente al reducir la identidad de que yo como personaje principal de su obra literaria.

Porque ese yo que se repite como personaje central, a través del tiempo, termina por ser analizado como particularidad psicológica al usar distintos máscaras que no le cambian la voz, pero sí el papel que representa. En decir, después de cada poema que yo se va analizando, va perdiendo identidad al asumirlas todas, termina siendo un yo vaciado de las singularidades psicológicas que nos podrían permitir su tipificación. No sólo un otro, o un ellos, sino un nosotros en que el yo se disuelve para convertirse en nadie como sujeto del tiempo, un yo enmascarado por el que no habla nadie en particular. Máscara que se ponen delante del rostro de nadie.

Es curioso que Borges no lo mencionara, pero significativo a la vez, porque sabemos cómo gustaba de tomar las huellas de los escritores que plagaba, y en "La casa de Asunción" de Borges, está la presencia de Ramos Sucre. Su literatura mística y erudita, infinitamente más mística que la de Gabriel García Márquez en nuestro continente, así vez luego su triangulación perfecta en Franz Kafka y en Marcel Schwob.

Hay dos cosas que pueden añadir nuestro orden en corto tiempo, una es el intermedio, la nota, jugar ajedrez a diegas. Ramos Sucre padecía de lo primero. Una línea que pueden hablarnos de él, dice: "Yo quisiera estar entre nubes invisibles, porque el mundo lastima cruelmente mis arrodos".

El Yo equidistante de Ramos Sucre [artículo] Eduardo Vasallo.

Libros y documentos

AUTORÍA

Vasallo, Eduardo

FECHA DE PUBLICACIÓN

1994

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El Yo equidistante de Ramos Sucre [artículo] Eduardo Vasallo. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile